

**Las dos ciudades de Juan Agustín García.
De «La ciudad indiana» a la metrópolis del centenario**
Fernando J. Devoto

Fernando J. Devoto, es Profesor Titular de Teoría e Historia de la Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires e Investigador del Instituto Ravignani de la misma institución.

Dirección: Instituto Ravignani, UBA, 25 de mayo 217, piso 2,

Tel. (011) 43431196

E-mail: fdevoto@fibertel.com.ar

Resumen

En 1900 Juan Agustín García escribe uno de los clásicos de la historia social argentina: *La ciudad indiana*. El trabajo coloca la obra en el marco de las influencias europeas y argentinas con las que dialoga y la pone en relación con otro clásico contemporáneo que propone una lectura alternativa: *Las multitudes argentinas* de Ramos Mejía. Meditación sobre la ciudad presente más que sobre la ciudad colonial, el libro de García sugiere un itinerario circular a través del cual intenta fundar una temprana lectura de la decadencia argentina. Ella forma parte de una lectura más general que esboza un grupo de intelectuales en la Argentina de principios de siglo reflexionando sobre los límites del proceso civilizatorio, sobre los múltiples modos de resolverlos y sobre la improbabilidad de lograrlo.

Summary

Juan Agustín García wrote in 1900, one of the most classical books of Argentinean social history, *La ciudad Indiana*. We essay to place this work in the frame of European and Argentinean influences that are recognisable especially contrasting the visions of other classical book of those times: *Las multitudes argentinas* by Ramos Mejía. García's book –more a reflection on their present time rather than on the colonial past–, established a circular trail through which tries to found an early reading of the Argentinean decadence. The book is part of a more general conception produced by a group of intellectualls in 1900's Argentina, thinking on the limits of the civilizer process, on the multiple ways for surpassing them and about the improbability of achieving it.

1.

En otros tiempos, las reflexiones sobre un autor comenzaban con algunos breves datos de su biografía que servían, se suponía, para iluminar la obra. Aunque no creamos ya necesariamente en ello, algunos rasgos generales profesionales e institucionales pueden sino explicar al menos sugerir posibles vínculos o posibles vías de indagación entre una vida intelectual y una obra. El autor que nos interesa es Juan Agustín García y la obra, publicada en 1900, *La ciudad indiana*.

De las dos vías de las que provenían nuestros historiadores y científicos sociales de fin de siglo, García procedía de aquella que era la principal, la Facultad de Derecho (la otra era la Facultad de Medicina). Graduado de abogado en la promoción de 1882, fue, en este sentido coetáneo de otro historiador y sociólogo como Ernesto Quesada, de un politólogo como Rodolfo Rivarola y de destacados juristas como el internacionista Luis María Drago y el constitucionalista José Nicolás Matienzo. Procedía de una familia tradicional –«criollos en el país desde hacía trescientos años» como le gustaba definirse–, lo que era un elemento redundante con el primero ya que por entonces esa Facultad estaba muy poco permeada por las nuevas generaciones de hijos de inmigrantes. Una Facultad que, a principios de los años ochenta, si quisiéramos caracterizarla con esas etiquetas cómodas pero demasiado vastas, estaba dominada por una resurrección de la escuela histórica del Derecho y por una fuerte expansión del positivismo en el contexto de la creencia en la necesaria interpenetración del Derecho y las Ciencias Sociales.

En una Facultad de la cual surgían también las elites políticas del otoño conservador, García, como varios de los antes nombrados, eligió otra estrategia profesional: realizar una carrera judicial y docente. Fue así, por un lado, juez en lo civil primero y camarista luego. Por el otro, en el terreno educativo, tras un infaltable paso por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública como Inspector General de Colegios Secundarios en 1890,¹ terminó recalando como profesor en dos de las Facultades de la Universidad de Buenos Aires. Fue designado Profesor en la Facultad de Derecho, primero de Introducción General al estudio del Derecho y luego –por propia elección– de Sociología, y en la Facultad de Filosofía y Letras, de reciente creación por entonces (1896), de Historia Argentina. Desde luego la influencia intelectual que podía ejercerse desde uno y otro lugar, así como el prestigio que conllevaba ser profesor en cada una de ellas, era muy diferente. No era ajeno a la debilidad de la Facultad de Filosofía y Letras en su imagen pública, en la falta de prestigio social de las carreras que allí se cursaban

¹ Véase su Memoria donde prohija la necesidad de la enseñanza técnica en contra de los enfoques humanistas y de los primeros intentos de educación patriótica: J. A. García, «Memoria de la Inspección

General de Colegios Secundarios y Escuelas Normales», en: *Memoria presentada al Congreso Nacional por el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública*, Buenos Aires, 1889, III, pp. 275-277.

y en la ausencia de tramas de sociabilidad que abriesen caminos de ascenso social, que la mayoría de los historiadores profesionales de la generación sucesiva a la de García (la llamada Nueva Escuela Histórica) continuasen formándose en la Facultad de Derecho. Era en ésta donde nacían y se perpetuaban los vínculos de solidaridad que luego llevarían a la política en distintas agrupaciones. Las memorias de Carlos Ibarguren son un muy adecuado testimonio de esa fraternidad imaginaria aún en pleno siglo XX.² En Filosofía y Letras, lugar donde había una abundante presencia de un público femenino que se orientaba hacia la docencia secundaria, la influencia que podía ejercerse sobre las elites argentinas era bastante menor.³

En ambas instituciones llegaría a ocupar cargos destacados. Sería Vice-Decano en la Facultad de Derecho y, curiosamente, por sus sucesivos juicios acerca de lo que vendrá luego, fugaz Interventor en la Facultad de Filosofía y Letras en 1919.

La política le interesó poco y un fugaz tránsito por el Partido Republicano, en los primeros años del nuevo siglo, parece haber estado vinculado más con los compromisos con algunos amigos que con inquietudes serias. Para desarrollar una acción política sostenida y eficaz, por ejemplo en el parlamento se necesitaba una inversión grande de recursos, sea de primer orden (disponibilidad de medios materiales propios o ajenos, aunque ya en esa época, como muestran carreras a partir de la del mismo Roca, los medios financieros estaban a menudo dentro y no antes de la acción política) sea de segundo orden (tiempo). Basta recorrer fugazmente la correspondencia de los archivos de los dirigentes del otoño conservador, por ejemplo Cevallos, para percibir cuánto tenían que dedicar a mantener lazos de reciprocidad y de clientela que están en la base de la construcción de un capital de relaciones e influencias. García no tenía el temperamento ni la constancia para ello. En cambio sí hubiera podido alcanzar cargos ministeriales ocasionales, menos comprometidos en el esfuerzo, prestigiosos pero sin mucho poder efectivo, para los que García tenía los vínculos sociales necesarios. Pero ello no ocurrió. Que nadie parezca haber pensado en ello nos dice bastante acerca de la imagen que los contemporáneos podían haberse formado de García. Quizás a él mismo no le interesaba verdaderamente. Como otros hombres de la elite porteña de su generación, vivía incierto entre la percepción de la necesidad de una reforma del sistema político, en el sentido de instaurar prácticas más democráticas y un cierto

² Para un período posterior, en el que la heterogeneidad social era mayor en la Facultad, sin embargo, Ibarguren se preocupaba todavía por enfatizar esa idea de pertenencia común aun con hombres que a diferencia de él no militaban en la galaxia nacionalista sino en posiciones muy lejanas a la misma. Así por ejemplo Federico Pinedo es presentado como antiguo alumno de la Facultad y cordial amigo, Saavedra Lamas como «mi viejo amigo desde la juventud», Miguel Ángel Cárcano como «mi apreciado amigo y condiscípulo» (en otra versión «ex discípulo») y Roberto Ortiz como «estimable persona que fue mi alumno». C. Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos

Aires, Dictio, 1977.

³ Sobre la enseñanza de la historia en la facultad de Filosofía y Letras, cfr. en general P. Buchbinder, *Historia de la facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, EUDEBA, 1997. También F. Devoto, «La enseñanza de la historia argentina y americana. Nivel superior y universitario. Dos estudios de caso», en: AAVV, *La Junta de Historia y Numismática y el Movimiento Historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996, pp. 388-402.

escepticismo acerca de los resultados que los efectos del sufragio universal fielmente aplicado podían tener sobre el funcionamiento del sistema.

Quizás sea de interés indicar que la posición de García, alejada de la militancia política activa y de la opción parlamentaria, lo colocaba en un lugar intermedio entre el mundo administrativo, el universitario y un naciente movimiento de intelectuales que aspiraban a influir en la sociedad o en lo que se llama confusamente la opinión, desde distintos medios de prensa, cuya importancia e influencia no era desdeñable.

Para esa generación que ocupará las posiciones más visibles del mundo cultural y del universitario en el otoño conservador, David Viñas acuñó una expresión que aludía a su origen social y a su amateurismo profundo: *gentlemen* escritores. Desde luego que la expresión le cabe a García, pero si nos detenemos menos en las connotaciones sociales y en las formas de las prácticas profesionales y miramos más el lugar institucional desde el que enunciaban sus propuestas y los medios para realizarlas, podría caberles a él (y a otros) otra definición: funcionarios (Ministerio de Educación, Magistratura), profesores escritores (ensayistas y periodistas). Desde luego que esa posición, bastante novedosa a principios de siglo, por la ausencia de la pata política, se convertirá en un lugar bastante habitual en la generación sucesiva que solemos llamar del Centenario. En ella, sin embargo, en un Rojas o en un Lugones, la multiplicación de actividades, la multiocupación, sería menos producto de una vocación dispersiva que de la necesidad de sobrevivir económicamente.

En este sentido, la diferencia puede verse señalando que mientras la generación sucesiva (que aunque procedía también de familias tradicionales éstas estaban en muchos casos ya en plena declinación económica) debía escribir numerosas obras por encargo de entes públicos o incluso aceptar oscuros empleos públicos como sinecuras (y en ello descollaba Lugones), García podía darse el lujo de elegir tanto qué trabajo realizar como qué escribir y cuándo. De este modo, el periodismo no era para García, que frecuentará reiteradamente a los grandes diarios como *La Nación* o luego *La Prensa* (donde saldrá por entregas el ensayo «Sobre nuestra incultura»), un modo de subsistencia sino una vía de influencia intelectual.

Si la multiimplantación fue una característica institucional de García también lo fue el tipo de géneros de escritura que cultivó. Desde la nota periodística de trazo rápido (y en la que quizás se encontró siempre más cómodo), hasta la colaboración en revistas académicas como los *Anales de la Facultad de Derecho*, que él había contribuido a crear, y la redacción de obras de más largo aliento y de distinto tipo. Esa heterogeneidad incluye novelas (o crónica histórica novelada), piezas teatrales (y el gusto por el teatro no era en él ocioso ya que pensaba que era un instrumento formidable para formar los sentimientos colectivos), libros de historia de las ciencias sociales argentinas (que recuperaban en general las versiones de sus cursos universitarios) hasta un libro de historia social como el que aquí nos ocupa. Más allá de ese diletantismo había en García una cierta idea de validez e intercambialidad de los

géneros que lo llevaba a ese entusiasmo por la novela histórica género producido por él como por otros (a comenzar por el López de La novia del hereje).

2.

En 1900 Juan Agustín García este ensayista que era a la vez jurista, historiador y sociólogo vocacional, publicaba *La ciudad indiana*, que se convertiría en un libro clásico de nuestra historia social. En ese estudio de la sociedad colonial rioplatense entre los siglos XVI y XVIII, como en otros de sus libros, García desarrollaba algunos temas que serían en él recurrentes y, sobre todo, formulaba un programa de una historia por hacer.⁴ Era parte de esa su mayor comodidad en diseñar programas, sugerir ideas que en llevarlos a cabo. La historia narrada en su obra mayor muestra, en nuestro temperamento de fin de siglo todo su carácter atractivo: estudiar no la política, el estado, las ideas, sino los agrupamientos sociales, los sentimientos, las costumbres. Para ello acuñaba una expresión «la sociabilidad» que era, a sus ojos, hija de algunos sentimientos colectivos que habían dominado en el largo plazo a la Historia Argentina. Por poner sólo un ejemplo: para García mucho más se entendía la Argentina indagando los cambios en la composición y las características de la familia, que había traído aparejada la revolución de independencia, que estudiando las batallas de esa guerra. En otros textos había afirmado otras cosas no menos sugerentes aunque de difícil concreción en una investigación sistemática, como por ejemplo que se comprendían mejor las formas de una civilización indagando las formas de la risa antes que deteniéndose en los códigos o que entenderíamos mucho más estudiando los cambios en las actitudes ante el amor que los hechos políticos. Y desde luego que en esa indagación de lo social García no dejaba de proponer contraposiciones sugerentes, aunque no siempre consistentes. Una de ellas era la de la transformación, como consecuencia del proceso abierto por la revolución de mayo, de la familia colonial patriarcal en la nueva familia jacobina. Operación que intentaba reproponer para el Río de la Plata, bastante forzosamente a decir verdad, el proceso que había sido críticamente analizado por el gran sociólogo católico francés, Frederick Le Play y sus discípulos.

⁴ Resaltando lo que tenía ese programa de innovador, Angel Castellán lo llamó «El programa olvidado». Si Castellán aspiraba a presentar en ese texto las analogías entre las propuestas de García y las de *Annales* en la versión que de ellas podían encontrarse en Lucien Febvre (en especial los temas de las sensibilidades y de la psicología colectiva) percibía demasiado el diletantismo de García como un dogma de fe historiográfica en contraposición con la historia erudita. En realidad parece más bien lo contrario, aunque defensor de la multiplicidad de géneros y aunque incapaz de practicarlo, no dejaba de celebrar la consagración al trabajo sistemático como una de las virtudes que

regeneraría a la Argentina, una de cuyas formas era ciertamente la erudición –y ello explica sus auspiciosos elogios al amanecer de lo que él llamó «la nueva escuela histórica», es decir los albores de esa misma tradición erudita-. Cfr. A. Castellán, «El programa olvidado», en: *Tiempo e Historiografía*, Buenos Aires, Biblos, 1984, pp. 131-144. La crítica a la erudición innecesaria parece concernir en García a aquella artificialmente importada, Cfr. J. A. García, «Prefacio a una revista nueva», en: J. A. García, *Obras Completas*, Buenos Aires, Zamora, 1955, I, p. 503.

Algo diferenciaba, sin embargo, la lectura de García de la de la tradición francesa. Aquí la nueva familia jacobina era, curioso motivo a la Ariès que él parece tomar de las reflexiones de su amigo Luis María Drago, un refugio de la intimidad y un universo de nuevas relaciones de afecto entre padres e hijos. Sin embargo, ella era también un instrumento mucho menos eficaz para el proceso de socialización, que era para García el camino principal para la implantación de un modelo civilizatorio en la Argentina.

De la historia social de la familia a la historia económica. También aquí tenía García buenas ideas desde la perspectiva de nuestra sensibilidad historiográfica de fin de siglo. Sugiere, por ejemplo, que mucho más se entendía pensando en torno a los principios y valores socialmente aceptados y su influencia sobre las formas de organización de la vida económica, que haciendo una simple recopilación o enumeración de datos. De este modo formulaba una idea (que es difícil saber cuán común era entonces) que contrastaba la economía colonial, dominada por la idea de precio justo, con la economía moderna de mercado.

No veamos en todo ello la presencia de una imaginación historiográfica excepcional, sino la existencia de un clima historiográfico y sobre todo de un fecundo diálogo entre la historia y otras ciencias o pseudo ciencias sociales que luego la generación erudita (pero sin confesarlo también muchos de los que aspiraron a renovarla) decidieron dar por terminada en la práctica historiográfica concreta.

Desde luego que en García, estudioso amateur, algo escéptico y bon vivant, que era dueño de una vasta pero asistemática cultura (lo que lo llevaba a veces a unir en su afán argumentatorio hechos muy distantes en el tiempo y en el espacio) era un investigador no persistente. Como dijimos la mayoría de sus proyectos quedaban allí, en proyectos. Ya lo había recordado contemporáneamente Paul Groussac, con la malignidad habitual en él: a veces parecía que García intentaba atravesar los Andes con un alfiler. Pero esa obra más promesa que concreción –salvo en La ciudad indiana– no dejaba de mostrar muchas veces perspicacia y sólido sentido historiográfico.

En cualquier caso, el libro de García fue celebrado en Argentina y fuera de ella. En España, por ejemplo, el primero en hacerlo fue ese numen tutelar en el que aspiraba convertirse Miguel Unamuno, luego siguieron historiadores que aspiraban a renovar a la historiografía española desde la historia institucional o erudita, como Rafael Altamira o Eduardo Hinojosa, que veían en él un fruto feliz de la aplicación de la forma de hacer historia de Hipólito Taine. Pero también en Argentina los elogios fueron muy amplios, incluso por parte del siempre reticente José Ingenieros, el persistente secuaz, a la vez del célebre Achille Loria (es decir de ese elemental positivismo marxisante que fuera demolido por Benedetto Croce) y de la escuela de antropología criminal italiana. Ingenieros resaltaba la importancia del libro y a la vez proponía una sugestiva comparación con el otro «clásico» de nuestra sociología, Las multitudes argentinas de José María Ramos Mejía. Ambos eran vistos en su complementariedad más que en su oposición. Por una parte una obra como la de García, que en el momento de

elogiar llamará metódica, objetiva y en el momento de criticar una «crónica documentada», era contrapuesta a la «brillante fantasía literaria» del libro de Ramos Mejía. Lo mejor era, para Ingenieros, imaginar una síntesis entre ambas.⁵ Por otra parte, no dejaba de percibir Ingenieros el «pesimismo exagerado» del libro y creía, en contra las creencias acerca del papel de las razas de García, que la incorporación de nuevos elementos étnicos unidos a la evolución económica permitirían modificar los elementos constitutivos de la «psicología nacional». La que por otra parte sólo podía según él derivarse, de nuevo en contraposición con García, de las condiciones materiales de vida. Menos perceptivo era en cambio Ingenieros, el médico y filósofo positivista, hacia las influencias que dominaban ambas obras. Ingenieros no atendía a todas las diferencias que podían hallarse en dos obras que si tenían interlocutores europeos comunes, a comenzar por Taine, también tenían otros que eran muy diferentes. Ramos Mejía el médico alienista había seguido un periplo que lo había llevado desde el Lombroso de La neurosis de los hombres célebres y La locura en la Historia al Le Bon de las multitudes argentinas. De las neuropatologías individuales, apoyadas en la frenología a la biología de la multitud. En García en cambio, el juez, el camarista, los que predominaban eran sobre todo Tarde y Le Play. Este último a través de su discípulo Vignes, si hemos de creer en este punto a Levene.⁶

Es seguramente excesivo simplificar, a los libros de García y de Ramos Mejía en torno a dos ideas en gran medida muy contrapuestas como «sociabilidad» y «multitud». Aunque podamos preguntarnos si buena parte de la modernidad que hoy nos parece encontrar en García no deriva de la rediviva modernidad de sus lecturas. ¿Conflictos pues en torno a lecturas? No deberíamos con todo exagerar las influencias como una pura controversia de matrices intelectuales. La Argentina no reproduciría el debate Lombroso-Tarde (y tampoco el Croce-Loria) y García al criticar las obras de Ramos Mejía nunca se apoyó en ese tipo de argumentos o en una negación sistemática de la «cientificidad» de la obra de Ramos.⁷ Buscando resaltar una contraposición, como siempre sobreentendida en el tono distendido y aparentemente ingenuo de García, señalaba que a Ramos el tipo sano no le interesaba sino el germen morboso, «des-

⁵ J. Ingenieros, *Sociología argentina*, Madrid, D. Jorro Ed., 1913, pp. 169-194.

⁶ R. Levene, «La realidad histórica y social vista por Juan Agustín García», en: *Instituto de Historia del Derecho Argentino, Conferencias y Comunicaciones*, XII, Buenos Aires, Imp. de la Universidad, 1943, p. 22.

⁷ El carácter «científico» del enfoque de Ramos Mejía era enfatizado en su crítica a la edición de *Las Multitudes Argentinas*, en: *OC*, I, pp. 542-546. Incluso, aunque no era un tema de su interés sociológico en un temprano trabajo de 1893 creía que había un lugar para dentro de la psicología histórica estudiar a «los fenómenos mentales tan curiosos de las muchedumbres» (para lo que citaba a Sighele y

Ramos Mejía), J. A. García, «La formación de las ideas», en: *OC*, I, p. 507. Mucho menos concesivo era en cambio García con *La locura en la historia* (ya demolida por Groussac), donde aludía al uso de «conceptos de una apariencia más científica y satisfactoria» pero que sostenían una «explicación (que) es siempre verbal», agregando devastadoramente que «En el método de las analogías y en materias algo vagas, es difícil fijar ciertos límites prudentes y muy fácil ultrapasarlos», J.A. García a J.M. Ramos Mejía, 21/04/1895, «La locura en la Historia», en: *OC*, I, p. 553. Todo contenía en realidad una acerbadada crítica al uso de patologías mentales para explicar comportamientos de personajes históricos, la clave estaba en fenómenos sociales, en las costumbres y en la educación.

tinado a turbar el bello equilibrio». A García le interesaban en cambio esos hombres concretos, en sus rasgos comunes, en su «normalidad» o si se prefiere en su «cotidianidad» y –como a Groussac por otra parte– le interesaba más detenerse en los mecanismos, en las formas de construcción del equilibrio social, cuyos pernos eran la disciplina y el respeto de la ley, que detenerse en los gérmenes que los destruyen.⁸

Como ocurre muchas veces el debate implícito entre ambos autores, es sobre todo una divergencia desde los resultados y no hay dos obras más diferentes que las multitudes y la ciudad indiana, salvo en su voluntad común de explicar el pasado argentino desde algo que, provisoriamente y con plenas ambigüedades, llamamos la sociedad. En muchos casos lo que hay es climas de ideas compartidos, lazos epocales, zonas de coherencia más que una estricta aplicación de una serie de reflexiones teóricas europeas sobre un autor argentino.⁹

3.

La reflexión de García iba, en realidad, bastante más allá de una meditación sobre la ciudad de Buenos Aires en la época colonial, como pronunciaba su título. El fenómeno urbano como temática se vinculaba sobre todo con la elección del título; el mismo derivaba del de Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*. En verdad García había jugado precedentemente con la idea de ponerle otro título a la obra. Ante todo pensó en denominarla *El régimen colonial* (que había dado lugar a un libro antecesor más breve en 1896) o luego el de *Política indiana* (así bajo este rótulo aparecen en *La Nación* las anticipaciones de dos capítulos en 1900).

¿El hecho urbano es entonces un equívoco derivado de la búsqueda de un título llamativo solamente? El problema es quizás más complejo. La obra de García se centraba sí en la ciudad de Buenos Aires pero su tema se dilatava incesantemente más allá de ella. Dilatación por un lado espacial, ya que se ocupaba no sólo del mundo urbano sino también de las campañas rurales bonaerenses, por el otro temporal, la ciudad indiana de García prolongaba sus rasgos hasta su presente.

Así, para García, el objeto de estudio es algo que parece coincidir más con la antigua gobernación del Buenos Aires colonial que con la ciudad puerto. Desde luego que ello parecía derivar, conceptualmente, del hecho de que García no partía de la contraposición fundante de la sociología entre mundo urbano y mundo rural. Desde luego por un problema cronológico, ya que la obra antecede ligeramente la eclosión académica

⁸ La idea recorre toda la obra de García antes y después de *La ciudad indiana*. Cfr. como ejemplo su «Introducción a los discursos académicos», en: *OC*, I, p. 707. La idea de que el tema de la disciplina social, es decir los diques y defensas que contengan el desorden que es un estado natural que hace peligrar la civilización, es central en Groussac está en la misma lectura de García de su obra. Cfr. «P. Groussac», en: *OC*, I, p. 482.

⁹ En este sentido debe plantearse la relación con Tarde que aunque poco citado parece presentar muchos rasgos comunes con García sobre todo en sus confrontaciones con las lecturas frenológicas, biologicistas, raciales y en general con las derivadas de la «psicología de la multitud».

de los estudios sobre el hecho diferencial urbano –que van desde el Simmel de La metrópolis y la vida mental de 1903, al Park, de la ciudad como laboratorio social de 1929– pero también por su lejanía grande con los clásicos del siglo XIX, para quienes las contraposición rural-urbana era fundamental (el paso más grande dado por la civilización como recordaban Marx y Engels en La ideología alemana). Pero incluso también por la curiosa distancia con la línea que en Francia iba desde el Fustel citado en el título y en el prólogo, pero no tan aprovechado luego, a su alumno aventajado Emile Durkheim.¹⁰ Pero García hubiera encontrado lugares más cercanos para fundar una interpretación social que contrapusiese ciudad y campaña. Finalmente ella era toda una tradición argentina que, desde Recuerdos de Provincia de Sarmiento a la Historia argentina de Vicente Fidel López, veía en la ciudad colonial un oasis de civilización o al menos una barrera contra la total barbarización de la sociedad.

4.

La segunda dilatación propuesta por García era la temporal. La ciudad colonial es menos ella que una ciudad bastante atemporal que con sus campañas parece, a primera vista, idéntica a sí misma en el largo plazo. Ciertamente García es en su libro sensible, en algunos momentos, a algo que podríamos denominar dinámica histórica, como en las contraposiciones que formula entre la situación en el siglo XVII y el XVIII o entre éstas y el período independentista, por ejemplo cuando refiere acerca de la dinámica de la vida económica, pero en otros está demasiado interesado en buscar (lo que es un clima de época y un resultado de sus influencias historiográficas) rasgos generales que expliquen, más allá del desarrollo histórico, las constantes sociológicas de un proceso. Ello da un tono bastante atemporal a su relato que le permite mezclar ejemplos de distintas épocas y hacer permanentes digresiones hacia su presente.

Desde luego que esos saltos pueden ser vistos de varias maneras. Ante todo como resultado de la necesidad de reagrupar una evidencia empírica limitada y bastante dispersa en el tiempo. Empero también pueden ser vistos como hijos de los cambios de «sensibilidad» historiográfica, de positivismos o naturalismos que buscan encontrar, a la vez, unos rasgos fundamentales de toda sociedad en ella misma (y no en el estado y la política), que explicasen en profundidad todo el proceso histórico y, a la vez, formular algunas leyes generales del funcionamiento de la sociedad.

García no es desde luego el primero que se coloca en esa posición. Esa idea de continuidades de largo plazo había sido, por ejemplo, tema del Alberdi del Sistema rentístico de la Confederación sobre el papel de Buenos Aires, como lo había sido del Sarmiento de Conflictos y armonías de las razas en América. Ciertamente también, las habían buscado algunos de sus contemporáneos que exploraban las raíces de nuestro federalismo o del caudillismo en la época colonial. Con todo, en lo que a

¹⁰ Desde luego que García había leído a Durkheim ya que lo cita en reiteradas ocasiones y desde fecha temprana. Así, por ejemplo en una carta a Ramos Mejía de 1895, donde alude a un artículo en la *Revue de Philosophie* de 1894, J. A. García, «La locura..», op. cit, p. 553.

nosotros interesa, es decir como argumento propiamente historiográfico, o al menos formulado en una obra histórica, creo que deberíamos detenernos en el Mitre de la tercera edición de su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* que, en 1877, había propuesto esas continuidades de «larga duración», diríamos con un lenguaje actual.¹¹

Una segunda vía de explicación de esas continuidades podía proceder, en cambio, de otras matrices. En primer lugar era un desarrollo de la idea de Taine de que los rasgos originarios de una civilización, en su caso el carácter racionalista y abstracto que se conformaba en Francia a partir de la confluencia de las adquisiciones científicas y el espíritu clásico en el siglo XVII, condicionaban luego el carácter entero de la misma; de donde una cierta atemporalidad regía desde las ideas, desde la cultura, un entero proceso histórico en el largo plazo (porque era claro que el jacobinismo era el hijo inevitable de aquel espíritu clásico como lo serían también luego sucesivamente los franceses de su tiempo).¹² En segundo lugar de la idea de Tarde (que conjeturo está en este punto en el centro de la reflexión de García) para quien desde el fenómeno de la imitación se podían propagar, tanto en el espacio como en el tiempo, ideas, opiniones, comportamientos.¹³ En el caso de García a través de ese fenómeno de imitación se propagaban esos sentimientos que constituían los rasgos esenciales de la sociabilidad argentina.

5.

La ciudad indiana es entonces una falsa ciudad colonial o, si se prefiere una fórmula menos perentoria, no era sólo una ciudad colonial. Todo parecía ya escrito de una vez y para siempre desde los remotos orígenes. Con todo, quizás el problema sea susceptible de otra lectura. La imagen de García no es tal vez tanto una lectura inmóvil sino más bien una lectura circular. La historia parece repetirse nuevamente siguiendo el periplo, en forma semejante pero no totalmente idéntica, del momento fundacional. En este sentido, la ciudad moderna y su entorno rural (la metrópolis de fin de siglo XIX, la ciudad contemporánea a García) parecen ser más que la supervivencia inmutable de la ciudad y la campaña colonial, una nueva reproducción del proceso que llevó a la conformación de aquélla. En ambas, algunos de los rasgos constitutivos son semejantes: la ilusión de la riqueza fácil, el ansia desmedida de poseerla, la vulgaridad que a partir de allí, en todo impera.

Esa circularidad está deliberadamente presente en la estructura narrativa del libro que comienza y termina (introducción y conclusiones) con casi los mismos párrafos,

¹¹ B. Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968, I.

¹² H. Taine, *Les origines de la France Contemporaine*, Paris, Robert Laffont, 1986, I, livre troisième.

¹³ G. Tarde, *Les lois de l'imitation. Etude sociologique*, Paris, Alcan, 1904 (4a edición).

con muy mínimas variaciones de palabras, casi como una exhibición de que todo estaba ya dado desde antes, las imágenes del pasado tanto como ese pasado mismo, pero no exactamente. Así nos dice García que los actores son otros pero los papeles que tienen que desempeñar son los mismos, al transcribir en prólogo y epílogo una cita de Schopenhauer: «los motivos y los acontecimientos difieren, es verdad, en las distintas piezas pero el espíritu de los sucesos es el mismo, los personajes de cada pieza nada saben de lo sucedido en las anteriores, en las que, sin embargo, tenían ya un papel he ahí por qué, no obstante toda la experiencia que debieron adquirir en las piezas precedentes, Pantaleón no es más hábil ni más generoso, Tartafia no tiene mejor conciencia, ni Briguela más coraje, ni colombina más moralidad».¹⁴

Desde luego que esa circularidad nos propone un tema quizás irresoluble en su generalidad. Nuevamente aquí ¿es la vulgaridad colonial la que ilumina a la de la metrópolis del 900 o es la de la metrópolis de principios del nuevo siglo la que ilumina la de la ciudad colonial? El famoso tema pasado-presente. A veces tenemos la sensación de que García no se ha movido de su tiempo y que toda su ciudad colonial es la reproducción de esa ciudad a él contemporánea, que la erudición y la ejemplificación sólo aspiran a dar un coloreado histórico a una realidad que es la deplorada de su época presente.

6.

¿En cualquier caso, cuál era el rostro de la ciudad colonial trazado por García? Ante todo debería recordarse que era extremadamente negativo. Aun si García compartía con los hombres de su generación la preocupación por la construcción de la identidad nacional y por algo que llamaba el estudio de las cosas nuestras, no se encontró nunca entre los partidarios de inventar una tradición que reposase en la revalorización del mundo colonial. En esa ciudad indiana (o mejor en ese mundo colonial rioplatense) imperaba el feudalismo como forma social, el paternalismo como forma política, la barbarie rústica como forma cultural. Barbarie de las formas de sociabilidad, incluida la violencia y la brutalidad primordial, pero también del lenguaje, pobre, elemental, primitivo, que revelaban las actas capitulares.¹⁵ Ciertamente algunas cosas habían cambiado y el freno de la violencia le parecía algo extraordinariamente positivo, in-

¹⁴ Si ese fragmento se repite literalmente el resto del párrafo presenta ligeras variaciones. Así como, en ocasiones, como en una carta de 1902 parecía admitir que algunas cosas habían cambiado, que algunos progresos eran posibles de ser registrados, no en lo que sería para todos obvio, el progreso material sino en el progreso de la inteligencia que según García precede al otro (Carta a Bernardez, 1902). Como si García oscilase entre la tiranía de las leyes históricas y de su profundo escepticismo acerca del destino argentino y el dejarse llevar por un necesario optimismo.

¹⁵ García iría en textos sucesivos más allá, como utilizar el lenguaje

como una forma de analítica de estudiar los cambios de sensibilidad entre una época y otra (lo que hubiera hecho desde luego aunque por otras vías las delicias del Lucien Febvre de la última parte del *Rabelais*). J. A. García, *OC*, II, p. 1194. Desde luego en esa serie de paralelismos que gustaba hacer también el lenguaje estaba cambiando en su propio tiempo y ello presagiaba otros cambios de sensibilidad alarmantes (en ese nuevo periplo barbarizador que como sugeriremos estaba entrando para García la Argentina). Cfr. «La literatura y la política», incluido en: «En los jardines del convento», *OC*, I, p. 711.

cluso en esa transformación de la política electoral que había llevado del cuchillo al fraude y de éste a la corrupción.¹⁶ De ahí también sus posteriores reacciones hostiles a esa curiosa mitología del gaucho que sorprendentemente se expande paralela al momento en que la elite revela (o exhibe) una mayor necesidad de disciplinamiento social.¹⁷ Punto en el que García se colocaba, como en tantos otros, en contraposición con Ramos Mejía, que parecía mirar con curiosa nostalgia (derivada quizás de que de allí extraía ideas acerca de la vitalidad de una multitud) aquella violencia de las multitudes de la emancipación en comparación con las adocenadas multitudes, hijas de la inmigración, que llenaban las iglesias y las plazas los domingos y desfilaban ordenadamente por las calles en sus manifestaciones.

La sociabilidad rioplatense estaba dominada para García por esos sentimientos que distinguirían desde siempre a sus habitantes (su «psicología colectiva»). Ahí estaba la clave de su lectura.¹⁸ Cada uno de esos sentimientos dominaba y organizaba la explicación de los distintos capítulos del libro de García. Ellos eran el «pundonor criollo», es decir el desprecio teatral y heroico de la vida, que se prolongaba en el «culto nacional del coraje». Ambos eran los que contribuían a construir la fidelidad personal que organizaba toda la vida social de la época colonial. Luego le seguían el «sentimiento de la futura grandeza del país», hijo de los grandes espacios, la vida fácil y la alimentación barata (aquí nuevamente Ingenieros sugería una continuidad de la idea con el Sarmiento de Facundo); el «desprecio» de la ley, hijo del régimen económico imperante que el régimen español había instalado en el Río de la Plata, en especial del contrabando y el cohecho; el «sensualismo» y la «voluntad de riqueza fácil», hijos de las brutales formas de apropiación originaria de tierras y hombres. Aunque en distintas proporciones, con aceleraciones y retardos –por ejemplo el sentimiento de la futura grandeza del país– parecía, para García, haberse expandido más, en especial en algunas décadas, 1800-1810 y 1880-1890, todo ellos dominaban desde siempre la vida social argentina y le imprimían esas características indelebles.

7.

Si el retrato de García puede ser puesto en contrapunto con el retrato contemporáneo de Ramos Mejía, también puede ser colocado en diálogo con aquel retrato

¹⁶ J. A. García, «Sobre la ley electoral», en: *OC*, I, p. 765.

¹⁷ J. A. García, «Una recepción académica», en: *OC*, I, pp. 733-736.

¹⁸ Era lo que Ingenieros en la crítica del libro llamaría la superestructura psicológica y que no era para él lo importante del mismo. Tercamente Ingenieros se empeñaba en negar lo que era evidente del libro, un intento de explicar la Argentina colonial por su sociabilidad explicada a su vez desde la psicología social, y trataba de resaltar la

idea contraria que lo que del libro se podía deducir era la importancia del factor económico y de la lucha entre clases (aunque no entre burguesía mercantil y proletariado federal sino entre fracciones de la misma burguesía). García hacía una observación equivalente en su crítica a Ramos Mejía y *Las multitudes argentinas* que no tenía en cuenta «el factor económico». Cfr. J. A. García, «Las multitudes», en: *OC*, I, p. 546.

propuesto por Mitre en 1877 en su «Ensayo sobre la sociabilidad argentina», que abría la tercera edición de su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* y del cual el de García parecía la exacta inversión. Creo que es difícil negar cuánto de relato fundacional tiene la lectura de Mitre de la historia argentina, cuánto él mismo será el punto de partida de una mitología, de una tradición si se quiere, en la que a generaciones de argentinos les gustará reconocerse. Como fuera señalado, su imagen de la historia argentina contenía una lectura fuerte de los orígenes de la nueva nación que soldaba presente, pasado y expectativas del porvenir. Sobre todo la introducción agregada a la edición de 1877 constituía la más convincente defensa de la excepcionalidad argentina y del destino manifiesto de la nueva nación. Es decir la mejor presentación de aquello que Juan Agustín García definiría como uno de los incurables mitos de los argentinos: el «sentimiento de la futura grandeza del país». Para ello Mitre había construido una imagen de la excepcionalidad argentina desde el momento colonial, contraponiéndola explícitamente al resto de América ibérica. Estos rasgos excepcionales eran entre otros los componentes étnicos que la habían poblado, la ausencia de mezcla racial, dada la debilidad demográfica de las culturas indígenas preexistentes, el papel que había desempeñado la inmigración, constitutiva de su historia, desde la época colonial. De donde Mitre operaba la transmutación del conquistador en colonizador gracias a la inexistencia de riquezas metalíferas o de mano de obra indígena. Todo ello favorecía, a su vez, la ausencia de feudalismo y la presencia de un medio social libre de contrastes, que permitía el surgimiento de una democracia primordial en el espacio colonial rioplatense. Por supuesto que ello parecía tener vigencia, aunque la ambigüedad es aquí evidente, en aquella zona ocupada por la colonización oceánica y no, desde luego, en aquellas zonas colonizadas desde el Perú. En este sentido, la lectura de Mitre, a la vez que daba una justificación de la excepcionalidad argentina y de su «destino manifiesto», también proveía de un argumento histórico para explicar la nación finalmente existente y el necesario y benéfico desmembramiento de aquellos territorios de características contrapuestas, por los rasgos de su sociedad y economía (el Alto Perú) o por obra del muy negativo tipo de civilización allí construida por parte de los jesuitas (el Paraguay).

Todas las virtudes que podían asegurar la prosperidad argentina en la lectura de Mitre aparecen contradichas por García que veía feudalismo en la época colonial y no ausencia de él, percibía un poder omnímodo, «fuerte, dominante» del poder ejecutivo colonial (el gobernador) y de los «patrones-caudillos» contracara a su juicio del raquitismo de los cabildos,¹⁹ en vez de esa democracia inorgánica, nivelada por la simplicidad de la vida y la relativa pobreza, en las que imaginaba Mitre el origen lejano de la democracia argentina en la que aspiraba a vivir. Igualmente el tema de

¹⁹ J.A. García, «Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas» (1899), en: *OC*, I, p. 118.

la temprana inmigración europea que se había convertido en dominante, gracias incluso a la fortuna de que las razas nativas fuesen débiles, era punto de controversia. Aunque García comparte el punto a grandes rasgos no coincide en los efectos del mismo.²⁰ Nuevamente, en sus efectos, esa imagen se contraponía con la de Mitre, ya que García imaginaba que el papel de esas razas aunque cuantitativamente minoritario se prolongaba enormemente ante el rol desempeñado sobre todo por los negros (y secundariamente por los indios yanaconas) en la crianza y en la educación doméstica –lo que los convertía en modelos de referencia para los niños de las familias de abolengo a través de la imitación–.

Desde luego que las lecturas de Mitre y de García estaban en dos planos diferentes, sea como estructura narrativa, sea como concepción historiográfica, sea como tipo de público al que aspiraban. La sólida gran síntesis histórica del primero, plenamente consciente del valor de los grandes frescos históricos centrados en el mito de los orígenes, no es una obra equiparable a las reflexiones elegantes y desencantadas, siempre un poco en *passant*, de un intelectual que no aspira a fundar una tradición alternativa y ni siquiera aspira a polemizar abiertamente con aquella precedente.

Sin embargo, la contraposición en el terreno de la imagen del pasado es tan evidente como evidente es también la concordancia entre ambos en un punto central: la idea de que las características de aquel pasado colonial explicaban al presente y garantizaban el futuro. Pero allí donde Mitre veía los síntomas que prenunciaban el destino manifiesto argentino, García veía los límites del mismo. Desde luego que esto puede ser visto de manera tanto idiosincrática como epocal. Es que, en ambos casos, la perspectiva puede ser invertida con respecto a la lectura convencional. Como ya lo señalamos, por qué no proponer que no sería la imagen del pasado la que explicaba ese presente, ni en Mitre ni en García, sino más bien que era la imagen del presente la que se proyectaba en una cierta imagen del pasado que debía legitimarlo. En este punto, todo podía ponerse en relación con cuánto habían cambiado las percepciones, desde el sólido optimismo de fines de los setenta a las incertidumbres del cambio de siglo.

Incertidumbres hacia el problema de la nación, desbordada por la oleada inmigratoria, por la aparición de la cuestión urbana y de la cuestión social. Incertidumbres que tematiza el mismo García en esa obra de 1899, que reproduce un curso dictado en la Facultad de Derecho y en la que no sólo trata de enseñar las raíces nacionales de nuestras «ciencias sociales», sino de inculcar la necesidad de estudiar los temas argentinos.²¹ Posición tan en sintonía con las de un Quesada, que en el mismo 1900 –prolongando las propuestas de Marco Avellaneda de 1896 en torno a la identidad entre lengua, cultura e identidad nacional– sostiene, en su polémica con Luis Abeille,

²⁰ J.A. García, «La ciudad indiana», en: *OC*, I, p. 330.

²¹ J.A. García, «Introducción a las ciencias sociales argentinas», en: *OC*, I. Posición semejante a la de García en L.M. Drago, cfr. J.M.

Mariluz Urquijo, «El Derecho y los historiadores», en: AAVV, *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina*, op. cit., t. II, p. 176.

la necesidad de volver al castellano, única base para un idioma nacional. Un castellano que era, malhadadamente, el de la Real Academia española (con la resignada y contrariada aquiescencia de Groussac y Wilde) y que implicaba todo un giro copernicano con respecto a los padres fundadores de la generación del 37, que tanto habían defendido la idea de la diferenciación de España a partir de la diferenciación lingüística. De donde la lengua de los argentinos debía ser una creación viva de ese pueblo ya que ella debía explicar tanto la ruptura con la herencia hispánica como la superioridad de la nueva nación sobre su predecesora. Sólo que ahora esa nueva lengua amenazaba con ser el «cocoliche», un patois castellano-genovés. Y aunque ciertamente García expresaba esas tendencias alarmistas, con mucha más moderación, la moderación que derivaba de un tono sin exaltaciones como se suponía debía corresponder a un caballero, no por ello dejaba de estar inmerso en un clima de época que era muy distante de los optimismos sin reservas que habían acompañado las sucesivas ediciones de la Historia de Belgrano de Mitre, desde 1857 (la primera) a 1887 (la cuarta y última).

Seguramente también, esas incertidumbres no son todavía los temores de desintegración que aquejan a la década siguiente, y que darán lugar a todo tipo de terapias correctivas por las elites conservadoras, desde la educación patriótica al voto obligatorio, pero los anticipan. Pues no es innecesario recordar que aquellos instrumentos no dejan de tener sus precedentes en la ley de servicio militar obligatorio de 1901 o en la ley de residencia de 1902. Seguramente esas aprehensiones también presentan, ya en 1900, esa característica ambivalencia de optimismo ilimitado hacia el progreso y temores ante la conflictividad social y la cuestión nacional, que darán ese tono ambiguo al momento del Centenario. Aunque no es difícil sostener que, pese a todo, el optimismo será la nota más difundida.

8.

Pero volvamos a García. Desde luego que aquellos sentimientos que dominaban a la sociedad argentina –y que son a los que García atribuye el papel decisivo de constituir lo que hoy llamaríamos una mentalidad, que es a su vez el fundamento de una forma específica de sociabilidad– se contraponían a aquellos que deberían dominar para asegurar esa prosperidad futura del país. Es decir para garantizar las promesas contenidas en el relato de Mitre, aunque por vías diferentes a la de éste. Nuevamente aquí las lecturas de Mitre y García están en dos planos diferentes. El futuro argentino dependía para García, lo enunciaría con mucha claridad en 1908, en un «Curso de Sociología», del sentimiento de solidaridad social, la disciplina y el respeto de la autoridad.²² Por supuesto que la forma de construcción de dichos sentimientos remitía en García a las dos dimensiones importantes en su forma de

²² J.A. García, *OC*, II, p. 1417.

pensar la construcción de lo social. En primer lugar la familia, donde comenzaba la formación del sentimiento de solidaridad. Pero aquí comenzaban los problemas, ya que para él la revolución había destruido a la familia tradicional sustituyéndola por la familia «jacobina» que, aunque íntima y afectiva, era individualista y por ende un instrumento menos idóneo –idea que sacaba de la escuela de Le Play– para construir a los argentinos. De donde sólo quedaba el ejercicio de «varios siglos de disciplina constante» para inculcar aquellos sentimientos y aquellos valores al conjunto social. Es decir la disciplina y el respeto a la autoridad, a los hábitos de mandar y de obedecer. Pero ello no sólo no debía ser implantado por el látigo sino que era inconducente intentar hacerlo por esa vía. Debía hacerse por la educación. Educación que se hacía no a través del sistema formal sino a través del ejemplo que brindaban los grupos sociales superiores, de prestigio –y en este punto la posición de García no está tan distante de la de Ramos Mejía en las Multitudes, que imaginaba lugares como la cultura de la Universidad para lograrlo–. Un Ramos Mejía, empero, todavía más centrado, me parece, en el papel de ciertos ámbitos sociales como constructores de normas que en la educación patriótica que será su leit motif en la década siguiente. Por supuesto que esta educación, desde el ejemplo provisto por las clases superiores que se propaga al conjunto de la sociedad a través de las leyes de la imitación, remite nuevamente a Gabriel Tarde. Aunque a diferencia de éste, García no piensa en términos de un proceso universal de construcción de un público y una opinión y tampoco reflexiona –no en La ciudad indiana, por un problema de cronología, pero sí en sus escritos sucesivos– en torno a la innovación propuesta en la reedición de 1904 de Les lois de l'imitation de la «contra-imitación» que coloca todo en dos terrenos potenciales igualmente dependientes del modelo a imitar: hacer como él o hacer exactamente lo contrario.

Más bien los problemas para el proceso que García intenta alentar, y que es un proceso que en el largo plazo puede contribuir a construir nuevas características de la sociabilidad argentina compatibles con el progreso y la civilización, están en otra parte. Están en los límites de esas mismas clases superiores que deben proveer los ejemplos que permitirán la realización del sueño europeo en la sociedad sudamericana. Aquellas clases, formadas del modo descrito por García en el mundo colonial, no son diferentes de estos inmigrantes enriquecidos que están ahora repitiendo ese mismo proceso de la riqueza fácil, de la vulgaridad, del primitivismo. Pero esta idea tiene muchas más implicancias que lo que parece ya que, en el fondo, si la Argentina de la prosperidad de fin del siglo XIX está repitiendo el proceso de dos siglos antes, el antiguo patriciado es bastante más parecido que lo que él mismo quiere proponer a los nuevos inmigrantes. El problema argentino es así no sólo el de «civilizar» (o «cepillar» como decía Ramos Mejía) a los inmigrantes sino también a la elite nativa. Es decir a la sociedad toda.

Emerge así, en la Argentina de principios de siglo, una lectura prematuramente desencantada, poco impresionada por los logros materiales y culturales de la ciudad puerto, con un optimismo de la voluntad que pone esperanzas en que la educación desde el ejemplo social sirva como correctivo en el mediano plazo de los males argentinos. Pero en este punto García integra esa elite dentro de la elite, ese grupo de intelectuales que, más radicalmente que otros, piensa que la «civilización» debe implantarse no a los inmigrantes sino incluso a su mismo grupo. Más aún, ante todo en el mismo grupo, ya que para García de lo que se trata es de la ejemplaridad de las clases dirigentes. Comparte en esto muchas de las ilusiones y de los instrumentos de otros hombres de su generación que creen que la civilización debe todavía arribar. Sea la del buen gusto musical, que Quesada propone con su reivindicación del wagnerianismo y su afán por cultivar a un público operístico que frecuenta el Colón, ignorante de las más elementales reglas del género. Sea la de los modales sociales, que Cané y Pellegrini imaginan construible desde ese ámbito inicialmente más pedagógico que legitimador que debería ser el Jockey Club, con toda esa pedagogía de la escalera de mármol de ónix (que fantaseaban superaba a la del Palais Garnier de París) y de la Diana de Falguière que tenía que civilizar al palurdo que entraba a sus salones.²³ Sea la civilización desde la estética literaria, que Groussac propugna desde un uso contenido del castellano que requería abandonar sensiblerías, floripondios y barroquismos (y desde luego gerundios).

Ciertamente ese afán de civilización como respetabilidad, como sobriedad, como hábitos, era compartido por muchos y desde luego sea por aquellos antes mencionados que por Ramos Mejía. Pero nuevamente aquí los destinos del médico alienista y del profesor de derecho se unen y a la vez se dividen. La civilización de los modales que Ramos en *Las multitudes argentinas* propugna implementar es la misma en muchos rasgos que la que García propone desde sus páginas sucesivas a *La ciudad indiana*. Coinciden en la necesidad de imponer la discreción (imponer la «mesura» en la expresión de García), en oponerse a la efusión de sentimientos, al romanticismo literario (*Amalia* deviene en los dos una obra a abominar),²⁴ al gusto romántico (típico de escuela normal) y al amor romántico. El «suicidio por amor», he ahí un ejemplo de regresión social, dice Ramos Mejía. Empero, se trata más en general de una estética que incluye abandonar los colores fuertes en el vestir y los negros muy lustrosos de la pompa mortuoria italiana (fabula Ramos Mejía). En él todo remite a esos estereotipos por él tematizados: «el guarango», «el guaso». Pero los emblemas de los mismos son

²³ De una forma por demás elocuente lo presentaba Pellegrini en una carta a Cané: «Con el cuello del sobretodo levantado, el sombrero puesto y los pantalones doblados, los hombres solos empujaban una puerta cancel y entraban de la calle *sans façon*, daban unos pasos y se quedaban clavados, se sacaban el sombrero lentamente

y miraban en torno con ojos de asombro. Desde ese momento el indio más guarango quedaba vencido y dominado y todo su anhelo era que no lo fueran a descubrir».

²⁴ J.M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Rosso, 1934, pp. 256 y ss.

para Ramos Mejía, claro está, los inmigrantes. Más abarcadores, más ecuménicos, García, Groussac, pero también Pellegrini piensan que en ese proceso deben ser involucrados todos: inmigrantes y patriado.

10.

Cómo lograrlo será un terreno de discrepancia adicional entre García y Ramos. Ambos parecen creer en procesos sociales de largo plazo, biológico-sociales en Ramos, imitativos en García, aunque con el correr de los años del nuevo siglo, el escepticismo irá creciendo en ambos. Ramos Mejía se convertirá de las leyes del determinismo social en un furioso cultor del voluntarismo de la ritualidad escolar como principal instrumento de una educación patriótica desde la cual construir a los argentinos (aunque el problema principal sigue siendo el inmigrante). García, por su parte, no cree en la educación patriótica de Ramos, piensa que nada hay para enseñar desde un idioma nacional y desde una historia nacional, que ellas no sirven ni para resolver los males argentinos ni siquiera como instrumento pedagógico efectivo. García siempre pensó, en cambio, que el Santos Vega era más operante que las imágenes de San Martín o Belgrano, para formar los comportamientos sociales. Sin embargo, también el persistente defensor de una educación no formal, la que se hacía desde las costumbres y los modelos sociales, se irá paulatinamente acercando a revalorizar el papel de la educación formal aunque no en la versión pedagógico patriótica convencional. El papel civilizador de la escuela será el de transmitir una tradición (la idea es también, entre otros muchos, la de Tarde), a partir de las humanidades clásicas, tema que en él se convertirá en dominante con los años.²⁵ El joven profesor de 1890 que creía en la solución de la enseñanza técnica se ha convertido ahora en el defensor de la enseñanza humanística. Consecuente en el tiempo en su idea de una historia de profundidades imagina que el remedio está en inculcar «magistra vitae» los clásicos, la enseñanza humanista y la disciplina de los latines.

Los éxitos si se logran –y a medida que pasen los años García estará cada vez menos convencido de ello–, serán una tarea larga. En éste y en otros puntos nuestro ensayista, escéptico y como corresponde al buen tono sin excesivos énfasis, está mucho más cerca de Groussac que de los entusiasmos de Ramos, y ya entonces, el éxito final le parece incierto. En ellos surge así tempranamente, como en el terreno del pensamiento económico, que ha estudiado Halperin, una temprana «canción de otoño en primavera». Los remotos orígenes de una meditación sobre la posible decadencia argentina que los brillos urbanísticos de la nueva ciudad no alcanzan a opacar.

²⁵ J.A. García, «Sobre nuestra incultura» (1922), en: *OC*, t. II, pp. 965-1055; y «La Mala literatura», en: *OC*, pp. 1396-1399.

La ciudad deviene así para García, a partir de 1900, a la vez territorio del optimismo de los logros materiales pero también de oscuros presagios; más allá de los raros momentos en que le gustaba abandonarse a un optimismo conjetural, aunque sólo fuera el de admitir que estábamos alcanzando el progreso de ampliar el conocimiento de «nuestra ignorancia». Éstos discurren por vías distintas a las canónicas que hablan de las amenazas sociales, que acechan a la ciudad inmigrante cosmopolita e industrial. Es que junto con ellas, emergen otras amenazas más profundas que conciernen al largo plazo, que hacen a la potencial imposibilidad de realizar un sueño europeo en el destino sudamericano.

Registro bibliográfico

DEVOTO, FERNANDO J.

«Las dos ciudades de Juan Agustín García. De «La ciudad india» a la metrópolis del centenario», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XII, Nº 22-23, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, 2002 (pp. 75-93).

Descriptorios · Describers

Juan Agustín García / La ciudad india / Ramos Megía / Mitre / sensibilidad historiográfica / sociabilidad / decadencia / civilización

Juan Agustín García / La ciudad india / Ramos Megía / Mitre / historiographical sensitiveness / sociability / decadence / civilization